

era valiente, pudo remitir á la espada la satisfaccion de sus ofensas, y solo acudió á las armas cuando sus enemigos habian adquirido el poder de resistirse; todas las vias constitucionales le estaban expeditas para obrar en nombre de la Constitucion, hasta contra el Parlamento, y no entró en ellas. Por último, Carlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas, porque su época se habia anticipado á él, y no era ya únicamente su nacion la que le arrastraba, sino el género humano: aspiraba á lo que ya no era posible. La libertad conquistada fue primero á perderse en el despotismo militar, que la despojó de su anarquía; arrebatada empero á los padres, fue restituida á los hijos, y subsistió en ultimo resultado en Inglaterra.

En los combates de pluma que precedieron á otros mas sangrientos, el partido de Carlos tuvo casi siempre razon, así en el fondo como en la forma; este partido estableció de una manera terminante y precisa todas las cuestiones relativas á las diferentes formas de gobierno, y probó que la Constitucion inglesa se componia de monarquía, de aristocracia y de democracia (esta era la primera vez que se usaba semejante lenguaje); probó asimismo que las peticiones del Parlamento tendian á desnaturalizar la constitucion monárquica, y á arrojar á la Gran-Bretaña en el estado popular, el peor de todos. Falkland y Clarendon escribieron en favor del rey, aunque uno y otro eran declarados enemigos de las arbitrarias medidas de la corte.

¿Por qué fue desoido un partido tan sensato en sus doctrinas? Consiste esto en que no se le creyó sincero, y en que se mostró frio; hallábase colocado al lado de un poder que propendia á conservar, en tanto que las pasiones militaban en favor de otro que trabajaba por destruir. Finalmente, este partido era sobrepujado en sus sentimientos de libertad por los puritanos, que marchaban á la república. Andando el tiempo, volvieron á triunfar los principios de Falkland y Clarendon, pero fue preciso devorar veinte años de calamidades. Así volvió la Francia en 1814 á las doctrinas proclamadas en 1789, habiendo podido evitarse el lujo de sus desdichas.

Sin embargo, ¡ triste es decirlo! los crímenes y las miserias de las revoluciones no son siempre tesoros de la cólera divina, esparcidos sin un alto objeto entre los pueblos. Estos crímenes y estas miserias aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la energia que les dan, por las preocupaciones de que las libran, y por las luces con que las iluminan. Estos crímenes y estas miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las hacen circunspectas y las fortifican en los principios de una razonable libertad: principios que nos inclinamos á considerar como insuficientes, si no existiese la triste experiencia de una libertad bajo otra forma.

Falkland nos ha dejado uno de esos recuerdos mezclados de melancolía y de admiracion que enternecen. Estaba dotado del triple genio de las letras, las armas y la política; fue fiel á las Musas en los campamentos, á la libertad en los palacios de los reyes, y adicto á un monarca desgraciado, sin desconocer sus faltas. Abruado por los males de su país y cansado de la vida, se entregó á una tristeza que se revelaba hasta en el desaliño de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: todos adivinaron su intento de abandonar la vida al verle cambiar sus vestidos, pues se habia ataviado como para un dia de gran solemnidad.

El canceller Clarendon, que por su parte sirvió tan bien á Carlos I, murió mas tarde en Ruen, desterrado por Carlos II, que le debia en parte su corona. En el reinado de este príncipe, se condenó á ser quemada por mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado cuyos escritos, mezclados con los de Falkland, habian hecho triunfar la causa realista.

Hume dice que el estandarte real plantado en Nottingham, dió la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nacion. Clarendon observa que los parlamentarios cometieron el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de Hull. Esta observacion es justa; pero téngase en cuenta que el Parlamento habia obrado en provecho de sus intereses, porque, cuando en las convulsiones políticas de los imperios se ha llegado al empleo de la fuerza, se trata menos del primer ataque que de la última victoria.

La fortuna se declaró al principio en favor del rey, pues la reina le habia llevado socorros, y reunió en Oxford los miembros del parlamento que se habian mantenido fieles á su causa, para combatir al parlamento de Londres; así, en tiempo de la Liga, habia en Francia el parlamento de Tours y el de París; «pero despues de mil peripecias repentinas y de inauditos cambios, la rebelion, refrenada mucho tiempo, se hizo al fin señora de todo; la licencia no conoció freno alguno, las leyes fueron abolidas, la magestad real violada con atentados desconocidos hasta allí, y la usurpacion y la tiranía se engalanaron con el nombre de libertad.»

## CROMWELL.

Todos estos contratiempos se compendieron en un hombre: no es esto decir que Cromwell fuese el adversario de Carlos, (en tal caso la lucha hubiera sido aun harto desigual), pero era el destino visible del momento. Si Carlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey conseguian algunas ventajas, la presencia de Cromwell las inutilizaba. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural parecia: bufon y trivial en sus pasatiempos, lento y tenebroso en su espíritu, poco expedito en su locucion, advertíanse en sus acciones la rapidez y el efecto del rayo. Habia algo de invencible en su genio, como en las nuevas ideas de que era campeón.

Oliverio Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en Huntingdon el 24 de abril del último año del siglo xvi. Roberto tuvo diez hijos, de los cuales fue Oliverio el segundo; todos los hermanos de este murieron de tierna edad. Milton ha ensalzado, al paso que otros han deprimido la familia del Protector, quien dijo en uno de sus discursos que no era ni bien ni mal nacido, lo que era bastante modestia por su parte, porque su nacimiento era bueno, y notables sus alianzas. Los primeros biógrafos de Cromwell, especialmente los franceses, dicen que al principio sirvió en el continente, y que habiéndose presentado al cardenal Richelieu, este predijo su futura elevacion: fábulas relegadas hoy al olvido. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la férula de un doctor llamado Tomás Beard, párroco de esta pequeña ciudad. El doctor fue un mal maestro, aunque componia piezas dramáticas para sus alumnos, pues Cromwell nunca supo bien la ortografía.

Enviado á Cambridge al colegio de Sydney-Sussex, el 23 de abril de 1616, estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, y aprendió un poco de latinidad. Waller dice que conocia bien la historia de Grecia y Roma; era aficionado á los libros, y escribia fácilmente mala prosa y pésimos versos.

Muerto su padre, y habiéndole su madre llamado cerca de sí, fue, durante dos años el asombro de Huntingdon, por sus excesos. Enviado luego á Lincoln-Inn, para que estudiase leyes, lejos de dedicarse á ellas, se encenagó en la disolucion; y habiendo regresado de Londres á su provincia, contrajo matrimonio con Isabel de Bourchier, hija de sir James Bourchier, natural del condado de Essex, mujer fea y bastante infatuada

con su nacimiento; una sola carta suya que ha llegado á nosotros, prueba que su educacion habia sido completamente descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia á la sazón veinte y un años, cambió súbitamente de costumbres, se afilió en la secta puritana y se entregó al entusiasmo religioso, que, unas veces fingido y otras verdadero, conservó toda su vida. En adelante veremos los extraños contrastes de su carácter.

Habiéndole rodeado de algunas comodidades, una herencia, llegó á ser *gentleman farmer* en la isla de Ely, siendo elegido en 1628 miembro del tercer parlamento de Carlos en el que solo se hizo notable por su fervor religioso y por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton. Su acento era bronco y apasionado, sus ademanes groseros, y su vestir sucio y desaliñado. Su estatura era de cinco piés y cinco pulgadas, ancho de hombros, de abultada cabeza y de rostro encendido.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, Cromwell desaparece de la escena pública, donde no vuelve á presentarse hasta la convocacion del parlamento de 1640. Sábese únicamente que habiendo las censuras y la intolerancia de la cámara Estrellada obligado á muchos ciudadanos á trasladarse á la Nueva-Inglaterra, Hampden y su primo Oliverio Cromwell determinaron emigrar á este país. Mas, es el caso que habiendo elegido por punto de su residencia en las regiones salvajes una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say-Brook, por los lores Brook y Say, hallábanse ya á bordo de un buque surto en el Támesis, cuando les obligó á desembarcar un edicto concebido en estos términos:

«Se prohíbe á todos los mercaderes, dueños y propietarios de buques, hacer salir al mar un bajel ó bajelés con pasajeros, antes de haber obtenido una licencia especial de algunos de los lores del consejo privado de S. M., encargados de las plantaciones de Ultramar.»

Así pues, Hampden y Cromwell, en lugar de ir á sepultarse en los desiertos de la América, según habian resuelto, se vieron detenidos en Inglaterra por orden de Carlos I: no existe en los anales humanos un ejemplo mas evidente de la fatalidad.

Obligado Cromwell á permanecer en Inglaterra, por mandato del rey á quien debia conducir al cadalso, y no sabiendo qué direccion dar á su turbulenta inquietud, se opuso al desecamiento, muy útil por otra parte, de las lagunas de Cambridge, de Huntingdon, Northampton y Lincoln, que habia emprendido el conde de Bedford. Esto le valió, por parte de los poderosos á quienes atacaba, el sarcástico nombre de *lord de las lagunas*; pero los partidos popular y puritano le eligieron miembro de la cámara de los Comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de mayo de 1640, á causa del ataque que dirigia contra la nobleza. Habiendo sido disuelto bruscamente este cuarto parlamento, el oscuro diputado volvió á mostrarse el mismo año en ese largo parlamento que debia labrar su fortuna y ser luego destruido por él.

La naciente revolucion no se equivocaba acerca de su caudillo, aunque era aun el miembro mas ignorado de aquellos famosos Comunes. El genio del Protector se despertó al primer grito de la guerra civil: voluntario primero, y luego coronel parlamentario, organizó un regimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina, pues el fraile se convierte fácilmente en soldado; y para vencer el principio de honor que animaba á los *caballeros*, reclutó en su servi-

(1) Es preciso no confundir las faltas de ortografía y de lenguaje en los manuscritos de la primera parte del siglo xvii, con la ortografía y las lenguas de la misma época, que aun no se habian fijado y variaban en cada país, según las diferentes provincias.

cio el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. No tardó pues, en ser el alma de todo; re-fundió y reconstituyó el ejército; y sabiendo hacerse eximir de los bills que inspiraba al Parlamento, se ostentó como un poder arbitrario en medio de una faccion enteramente democrática.

## DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA PRISION DEL REY.

1642-1647.

Cromwell se encumbró adoptando el partido de ponerse á la cabeza de los *independientes*, secta derivada del puritanismo, y cuya exageracion constituyó su fuerza. Los miembros *independientes* del Parlamento llegaron á ser los tribunos de la república: los generales y oficiales del ejército fueron reemplazados por generales y oficiales independientes, y en cada regimiento se establecieron comisarios que desconcertaban las medidas de los capitanes moderados; el resultado de esto fue exaltar hasta el colmo del fanatismo el espíritu de las tropas.

En vano Carlos, revestido aun de una sombra de poder, quiso tratar con Huxbridge, pues rota la negociacion se renovó la guerra. Montrose alcanzó algunas estériles victorias en Escocia. «El conde de Montrose, escocés y cabeza de la casa de Graham, dice el cardenal de Retz, es el único hombre del mundo que me ha traído á la memoria la imagen de algunos héroes que solo se ven ya en las *Vidas* de Plutarco; este noble habia defendido en su país el partido del rey de Inglaterra con una grandeza de alma sin ejemplo en aquel siglo.»

A pesar de esto, Montrose no era un varon de Plutarco, sino uno de esos hombres que un siglo que termina lega á otro que empieza: sus antiguas virtudes son tan hermosas como las nuevas, pero son estériles, porque plantadas en un suelo exhausto de vida, ya no las fecundan las costumbres nacionales.

Mientras unos y otros se degollaban en los campos de Inglaterra, los Comunes daban batallas en Londres, derribando cabezas sin arriesgar las suyas. El arzobispo Laud, preso hacia mas de tres años, fue sacado del calabozo por la venganza de Prienne, y subió al patíbulo el 10 de enero de 1645. Este inflexible prelado habia sido muy perjudicial á Carlos, puesto que le habia inculcado la idea de la supremacia episcopal, é inducido á emprender lo que no tenia fuerzas bastantes para llevar á cabo. Laud, apoyado en su báculo pastoral, se hallaba naturalmente tan cercano al fin de su carrera, que bien hubiera podido prescindirse del trabajo de empujarle hacia él. «De edad de setenta y seis años, venerable por sus virtudes... miró la muerte sin caer en esa pusilaminidad propia de los viejos, que desde el borde del sepulcro piden al cielo les conceda algunos desgraciados momentos, que intentan agregar al considerable número de sus años (1).»

Batido en todas partes y completamente derrotado en Naseby en junio de 1645, Carlos creyó hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas; y saliendo de Oxford, á donde se habia refugiado, fue á reunirse al ejército escocés, con cuyos gefes habia tratado en secreto. Fue conducido á Newcastle, donde se abrieron nuevas comunicaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés, y todos instaban á Carlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses ó los *santos*, que tal nombre se daban á sí mismos; los *presbiterianos* temerosos de los *independientes*; el

(1) Vida de Enriqueta de Francia.

embajador de Francia, Bellievre, y la misma reina ausente, pero que se hacia entender por conducto de Montreuil. Carlos rechazó el arreglo porque chocaba con los principios de su conciencia. En aquella época la fe brillaba por donde quiera, á excepcion de un reducido número de filósofos y de libertinos, é imprimía á las faltas, y á veces á los crímenes de los diferentes partidos, cierta gravedad y hasta moralidad, si así puede decirse, dando á la victima de la política la conciencia del mártir, y al error el convencimiento de la verdad.

Predicando un ministro escocés en presencia de Carlos empezó el salmo 51: *¿Por qué, tirano, te envanece de tu iniquidad?* Carlos se levantó y entonó el salmo 56: *Señor, apiádate de mí, porque los hombres quieren devorarme.* El pueblo enternecido continuó el salmo con el caído monarca: uno y otro no se entendían ya sino á través de la Religión.

Empero estas señales de piedad se desvanecieron: los santos de Escocia concluyeron un tratado con los justos de Inglaterra, y el ejército *covenantaire* entregó á Carlos al parlamento inglés por la suma de 800,000 libras esterlinas. «Los fieles guardias de nuestros reyes, dice Bossuet, vendieron el suyo.» Cuando Carlos tuvo noticia del tratado, pronunció estas bellas y desdeñosas palabras: «Prefiero verme en poder de los que me han comprado á tanto precio, que en el de los que me han vendido cobardemente.»

Prisionero de los hombres que iban á inmolarse en breve, Carlos fue trasladado al castillo de Holmby, el 9 de febrero de 1647, recibiendo en todas partes demostraciones de respeto; la multitud le salía al encuentro, y le llevaban enfermos para que los tocara y les devolviese por este medio la salud: virtud que se le atribuía como *rey de Francia*, esto es, como heredero de San Luis. Cuanto mas desgraciado era Carlos, con mas fe se le creía dotado de esta benéfica virtud; ¡extraña mezcla de poder y de impotencia! Suponíase en el régio cautivo una fuerza sobrenatural, siendo así que ni aun tenía la de romper sus cadenas; podía cerrar todas las llagas, mas no las suyas. ¡Ah! No era su mano, sino su sangre, la que debía curar la enfermedad de libertad de que adolecía la Inglaterra.

Libres los presbiterianos de todo temor por parte del rey, se propusieron licenciar el ejército, en el que dominaban los *independientes*; pero estos vencieron y formaron en sus campamentos una especie de parlamento militar, á las órdenes de Cromwell. Los oficiales componían la cámara alta, y los soldados, llamados *agitadores*, la cámara baja; no de otro modo la Constitución republicana de Roma pasó á las legiones del imperio. Sesenta y dos miembros independientes del verdadero parlamento, con los oradores á su cabeza, fueron á reunirse al ejército en Londres, predicador y deliberante, que entró en Londres y expulsó de Westminster á quien le plugo. Al mismo tiempo el alférez de caballería Joyce, antiguo sastre que había trocado la aguja en espada, sacó al rey del castillo de Holmby, le condujo prisionero del ejército á Newmarket, y desde aquí á Hamptoncourt.

Los hombres que se lanzan los primeros á las revoluciones, parten de un punto de reposo, y han sido formados por una educación y una sociedad muy diferentes de las que las revoluciones producen. En las mas violentas acciones de estos hombres hay siempre algo de lo pasado, algo que no está en armonía con sus acciones, es decir, ciertas impresiones, recuerdos y hábitos que pertenecen á otro orden de tiempos. Estos atletas parecen unos tras otros en la liza á distancias desiguales, según el diferente grado de sus fuerzas; ¡bien, deteniéndose súbitamente, se niegan á avanzar. Empero, en pos de ellos nacen otros hombres, facciosos engendrados por las facciones: nin-

guna impresion, ningun recuerdo, ningun hábito les contraria ni detiene en los hechos del presente; y como realizan por naturaleza lo que sus antecesores emprendieran por pasión, van mucho mas allá que estos primeros revolucionarios, á quienes sacrifican y reemplazan.

## DESDE LA PRISION DEL REY

HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA.

1647—1649.

Casi la mitad de la propiedad inglesa había sido sequestrada por el Parlamento, so pretexto de la adhesión de los propietarios á las opiniones realistas. El clero anglicano vagaba errante por los bosques, y las víctimas hacinadas en pontones en el Támesis, succumbían á las enfermedades, y algunas veces al hambre. Habíanse establecido comités investidos del derecho de vida y muerte, que sin forma de proceso despojaban á los ciudadanos. Estos comités ejercían venganzas, traficaban con la justicia y patrocinaban el crimen.

Todos estos males hicieron muy popular la empresa del ejército contra el Parlamento, porque en el choque de las combinaciones y en medio de las miserias públicas, no se examinó hasta qué punto las victorias de la revolución habían reconocido por causa unos rigores que la humanidad, la equidad y la moral no podían justificar.

Después de haber expulsado á los presbiterianos del Parlamento, el ejército entabló, á ejemplo de este, negociaciones con el rey.

¿Pensó Cromwell en reunirse á Carlos? Así se ha creído. John Cromwell, uno de sus primos, le oyó decir en Hamptoncourt: «El rey es tratado con injusticia; pero hé aquí lo que hará que se le dispense.» Y mostraba su espada. Es verdad que Ireton y Cromwell tuvieron frecuentes conferencias en Hamptoncourt con los agentes del rey, quien, según se dice, ofreció á aquel la orden de Jarretierra y el título de conde de Essex; pero Cromwell previó tanta oposición por parte de los *agitadores* y *niveladores*, que se decidió á seguirles. El espíritu republicano, que obligaba á un simple ciudadano á rechazar un cordon, le dió una corona. Cromwell hubiera permanecido obscuro pero virtuoso vasallo; la libertad le impuso el crimen, el despotismo y la gloria.

Cromwell jugaba probablemente con dos barajas: si las negociaciones con Carlos producían buen efecto, le llevaban á la fortuna, y si fracasaban hallaba, abandonándolo, otros honores; por un lado la prudencia y el interés le aconsejaban acercarse á Carlos; por otro, su odio plebeyo y su desmedida ambición le alejaban de él. Así se explica mejor la ambigüedad de la conducta de Cromwell, que por la profunda hipocresía de una traición no interrumpida, é irrevocablemente decidida de antemano á entregarse á los últimos excesos.

En estas negociaciones, tantas veces reanudadas é interrumpidas con los diferentes partidos, el mismo Carlos fue generalmente acusado de falsedad. Adolecía del defecto de escribir y hablar mas de lo que dictaba la prudencia, lo cual era causa de que sus misivas, sus cartas, sus declaraciones y sus dichos, concluyesen por ser conocidos de sus enemigos, que al efecto solían servirse de medios poco honrosos. Después de la batalla de Naseby, el 14 de junio de 1645, halláronse en una cajita perdida cartas y papeles importantes, que fueron leídos en una asamblea popular en Guildhall, y publicadas luego con notas, por orden del Parlamento con este título: *La cartera del rey, abierta*, etc. Estos papeles y estas cartas del rey y de

la reina probaban hasta la evidencia que Carlos no miraba su palabra como comprometida, que intentaba llamar ejércitos extranjeros, y que seguía encaprichado como siempre en sus máximas absolutistas.

Así tambien, antes de abandonar á Oxford para entregarse á los escoceses, había escrito á Digby que si los presbiterianos ó los independientes no se unían á él, se degollarían unos á otros, y que entonces volvería á ser rey.

Cuando preso en Holmby por el ejército, Carlos fue conducido á Hamptoncourt, escribió á la reina una carta, en la cual, después de haberse explicado acerca de su situación, añadía: «En tiempo y lugar oportunos sabré obrar como se debe con esos bribones, y les daré un cordon de cáñamo en lugar de una jarretiera de seda.» Ireton y Cromwell, que trataban con el rey, sacaron esta carta de los cogines de una silla de montar, en que había sido encerrada. Como hombre, Carlos era naturalmente sincero; pero como rey, el orgullo de sangre y de poder le hacían desdeñoso y falaz. Montrosse empleó mas noblemente esta imagen de los cordones, cuando dijo marchando al suplicio: «El difunto rey me hizo el honor de recompensarme con la orden de la Jarretiera; pero la acuerda hace mas ilustre mi posición.»

Los *niveladores*, á cuya política debió Cromwell su poder, eran otra facción engendrada por los *independientes*, cuyos principios llevaban hasta las últimas consecuencias.

Amedrentado por las amenazas, y no pudiendo entenderse con el ejército y con el Parlamento, que trataban separadamente con él, el rey tuvo la debilidad de fugarse de Hamptoncourt, dejando sobre su mesa una declaración dirigida á las dos cámaras y diferentes papeles. Huntingdon dice que Cromwell había escrito una carta al gobernador de Hamptoncourt, advirtiéndole el peligro de Carlos.

Tan abandonado juzgaba este su causa, que no intentó internarse en Inglaterra y reunirse á su partido, aunque tuvo por un momento la idea de retirarse á Berwick. Después de haber marchado toda la noche, sin mas séquito que el ayuda de cámara Legg, y dos gentiles-hombres, Ashburnham y Berkeley, llegó á la costa, donde solo vió un mar desierto. El que domina el abismo y separó sus aguas para abrir paso á su pueblo, no permitió que una barca pescadora se presentase para facilitar un camino sobre las olas al fugitivo monarca. Carlos fue á llamar á la puerta del castillo de Tickfield, donde la condesa viuda de Southampton le dió hospitalidad, y luego tomó el partido desesperado de solicitar la protección del gobernador de la isla de Wight, el coronel Hammond, hechura de Cromwell.

Advertido por Jacobo Ashburnham y por Berkeley, Hammond se negó á prometer su protección á Carlos, y pidió ser presentado á él. El rey, sabiendo la inesperada llegada del gobernador, se creyó de nuevo victima de una de esas traiciones á que estaba acostumbrado, y exclamó: «¡Jacobo, me has perdido!» Ashburnham, anegado en lágrimas, propuso á Carlos dar puñaladas á Hammond, que esperaba á la puerta, pero el monarca no quiso acceder á este asesinato, que acaso le habría salvado.

El rey cayó otra vez prisionero de la facción militar, en el castillo de Carisbrook. Cromwell, que merced á sus incertidumbres, había llegado á ser sospechoso al Parlamento y á los soldados, reunió los oficiales, y se resolvió en un consejo secreto que cuando el ejército hubiese acabado de apoderarse de todos los poderes, se juzgase al rey por el crimen de tiranía; crimen que aquel independientemente ejército monopolizaba en su provecho, mirándolo sin duda como uno de sus privilegios ó como una de sus libertades.

El Parlamento, aunque ya muy mutilado, intentó resistir todavía, y continuó tratando con el rey. Cuan-

do los comisarios de esta asamblea, ya impotente, fueron introducidos en el castillo de Carisbrook, se mostraron llenos de respeto en presencia de aquella cabeza blanca y *descoronada*, como la llama Carlos en algunos versos que de él nos quedan. Los debates entre los comisarios y el rey se abrieron sobre ciertos puntos de disciplina religiosa, mas no se entendieron: tal era el genio de aquella época, que se sacrificaba todo al capricho de una controversia. Sin embargo, las libertades públicas, y especialmente la de imprenta por las cuales se decía hacer todo, eran inmoladas á los partidos, alternativamente vencedores. Los folletos titulados *Causa del ejército y Acuerdo del pueblo*, eran declarados por los parlamentarios como atentatorios á la autoridad del gobierno, en tanto que la fuerza militar por su parte obtenía, á petición del general Fairfax, que todo escrito fuese sometido á la censura, siendo el censor designado por el general. Las facciones, sin exceptuar las republicanas, nunca han querido la libertad de la prensa; hé aquí el mas cumplido elogio que de esta libertad puede hacerse.

No obstante, los *niveladores* dieron tal ensanche á su política de teoría, que inspiraron serios temores á Cromwell, quien, presentándose bruscamente en uno de sus conciliábulos con el regimiento *rojo* que acudillaba y cuyos soldados eran conocidos con el nombre de *costillas de hierro*, dió muerte por su mano á dos demagogos, hizo ahorcar algunos otros, y dispersó el resto. ¿Qué decían las leyes, de estos homicidios arbitrarios, en aquel tiempo de libertad legal?

Avergonzados los escoceses de haber entregado á su señor, corrieron á las armas; Cromwell los batió é hizo prisionero á su general, el duque de Hamilton; y los realistas, obligados á capitular en la ciudad de Colchester, fueron expuestos á la venta como un rebaño de negros y enviados á la Nueva-Inglaterra: Carlos II, reinstalado en su poder, olvidó rescatarlos; así pues, la ingratitud de los reyes hizo de la posteridad de aquellos desventurados prisioneros, unos hombres libres en el mismo suelo donde habían sido vendidos como esclavos de los reyes.

El ejército victorioso pidió, primero en términos embozados y luego sin rodeos, el enjuiciamiento del rey; petición apoyada por diferentes guarniciones del reino. Luis XVI fue victima de la animosidad de un cuerpo político, pero Carlos I solo succumbió á la animosidad de la facción militar: sus acusadores, una parte de sus jueces, y hasta sus verdugos, fueron oficiales.

Alarmado por tantas tentativas atrevidas, el Parlamento aceleró las negociaciones con el augusto prisionero, á fin de oponer el poder de la corona al de la soldadesca: la única respuesta de Cromwell fue marchar á Londres.

Al mismo tiempo se dió al coronel Hammond, en la isla de Wight, la orden de reunirse al general Fairfax, y que entregase la guardia de la persona del rey al coronel Ewers.

El Parlamento prohibió á Hammond que obedeciese, y él se hubiera sometido á las órdenes de la autoridad civil; pero viendo á los soldados de la guarnición dispuestos á la rebeldía, salió al campo, donde fue preso. El rey lo fue asimismo, y desde la isla de Wight fue trasladado al castillo de Hurst, y luego á Windsor. Carlos, que había enviado su *ultimatum* á los Comunes, y prometido á Hammond esperar en la citada isla la respuesta definitiva del Parlamento, no intentó fugarse, como hubiera podido hacerlo fácilmente: su fidelidad á la palabra empeñada le condujo al cadalso; así, pues, el honor del príncipe fue el crimen de la nación.

Los *independientes*, que habían anteriormente expulsado de la cámara electiva á los presbiterianos mas probos, iban á ser expulsados á su vez. Esta fue la única circunstancia en que aquellos famosos Comunes